

Documentación.

Inauguramos este apartado, anunciado en la presentación de esta Sección que se hizo en el número 7, con un tema importante y olvidado. La selección que se ofrece es necesariamente parcial, aunque deseamos que sea útil.

La Arquitectura del Helenismo.

La gravedad que manifiestan las obras helenísticas, que se desprende ciertamente de su fidelidad a un modo arquitrabado, constituye una auténtica lección para nuestro tiempo. Inglaterra y América están en una posición inmejorable para apreciarlo.

Se leen con estupor estas palabras, y al comprobar la fecha —1936— en que fueron escritas, sobreviene una cierta nostalgia. En 1936 se iniciaban la *Casa sobre la cascada* de Wright, y el *Royal Corinthian Yacht Club* de Emberton, testimonios de una arquitectura madura, que mostraba otras lecciones que las del helenismo.

Cuando Theodore Fyfe las escribió, creía poder develar al gran público, una visión panorámica ignorada, en su libro *Hellenistic Architecture, An Introductory Study*, Cambridge 1936. Presentaba una sinfonía de temas distintos: templos, tumbas y monumentos, casas, conjuntos urbanos, y unos capítulos estupendos sobre la composición con órdenes, la decoración, y las técnicas y materiales de construcción. Las páginas se salpicaban con sus dibujos ingenuos y claros, algunos trazados *in situ*, y con cuidadas láminas de otros autores. El capítulo final, "The Aftermath of Hellenism", del que procede mi cita, tiene esa rara lucidez, que otorgan el conocimiento profundo, y el amor por el tema.

La arquitectura del helenismo era y es el cómodo cajón de sastre que abren los historiadores para meter los casi 500 años que suceden, en Grecia continental y en el oriente próximo, a la conquista de Alejandro Magno. A veces este periodo se acorta, finalizándolo en la ocupación de Roma —destrucción de Corinto en 146 a.C.—; o más tarde, al inicio de la época imperial —victoria de Augusto en Actium en 31 a.C.—. No obstante, hay razones de peso para considerarlo como una unidad.

El término helenístico procede de la crítica literaria y se extiende a otros campos en el siglo XIX. Nació con mala estrella; pues poco antes, al escribir las primeras historias del arte griego, se distinguieron etapas de formación —arcaísmo— y de madurez —clasicismo—; las etapas posteriores, que no mostraban la contención clásica, suponían la decadencia. Esta clasificación elemental atacaba indirectamente las exageraciones barrocas europeas, semejantes a aquellas griegas. El helenismo, en fin, nació decadente.

Por otro lado, aparecían poco a poco los monumentos arquitectónicos. La historia de su redescubrimiento parece una novela de aventuras: a la legendaria Palmira, llegaron en el XVII ingleses, prisioneros de los árabes; Petra apareció, con sus 750 tumbas, como un milagro, en 1812. Hacia 1870, arqueólogos casi románticos, como Heinrich Schliemann y el concienzudo Ernst Curtius, pasean por Grecia en traje pintoresco; y remiten inmensos fragmentos a los museos europeos.

La revisión general que se opera en las primeras décadas del XX, rescató las etapas "decadentes": la antigüedad tardía, el barroco europeo, y también el helenismo. En esas fechas, nuevas y científicas generaciones de arqueólogos alemanes, ingleses y franceses, excavaron sistemáticamente y publicaron con rigor. Theodor Wiegand, por ejemplo, interviene en Priene, Mileto, Samos, Palmira y Baalbek; pero hay otros muchos nombres.

De sus hallazgos surgió la imagen fragmentaria de un mundo esplendoroso, antes sólo intuido por referencias literarias. La escala tremenda del templo de Apolo en Mileto, la pródiga ornamentación de Efeso, la variedad compositiva de la fachadas de Petra, la majestuosa ordenación urbana de Pérgamo, mostraban un desarrollo insospechado de las virtualidades contenidas en la arquitectura griega, potenciado en ocasiones por la organización romana, y sus eficaces técnicas. Y entonces surgieron síntesis como la de Fyfe. Síntesis difíciles, pues en un mundo complejo y bien comunicado, como el griego, resultaría fatuo pensar que la arquitectura siguió una evolución lineal; no fue así. Tuvieron lugar corrientes barrocas y manieristas, degeneraciones provincianas; y también movimientos arcaizantes, vernaculares y neoclasicistas; la tiranía vulgar de la moda, y la fuerza selecta de las teorías. La imaginación de los arquitectos, que dominaban ya los elementos tradicionales, se desplegó en una retórica teatral, al servicio de los reyes, ciudades, sacerdotes y dioses, y lucró momentos de una belleza inolvidable. Algunas de esas imágenes nos resultan hoy familiares; y el venerable *Khazne Pharum* (el Tesoro del Faraón) de Petra asoma en los libros de Tintín, y en las películas de Indiana Jones.

Poco se conserva de un periodo tan prolongado y prolífico. La imagen fragmentaria tiene mucho de fantasmal, y a eso debe su atractivo. Sin embargo, apenas existe bibliografía asequible al gran públi-

co. Y menos todavía, traducida al castellano. El helenismo continúa reservando su lección —cada día más urgente— para nuestro tiempo.

El primer paso sería acudir a un libro general. Contamos en España, por suerte, con un libro famoso que ha mantenido su validez desde su publicación en 1929: *Arquitectura griega y romana* de David S. Robertson (Cátedra, Madrid 1983, ISBN 84-376-0269-6) que dedica algunas páginas, escuetas y acertadas, a los principales monumentos y conjuntos urbanos.

De todos modos, el manual por excelencia sigue siendo *The Architecture of Ancient Greece* de William B. Dinsmoor (Batsford L.T.D., Londres 1985, ISBN 0-7134-3203-9). En este libro estupendo, tras el capítulo "La culminación en el Atica y el Peloponeso", todavía se anuncia "El principio de la decadencia"; pero las 120 páginas que se dedican a estas etapas presentan un sólido argumento; y aunque sólo atienden a la parte más formal de la arquitectura, son las que mejor pueden orientar a un lector principiante. El libro tiene una larga historia de ediciones que se remonta al primitivo manual de William J. Anderson, de 1902. Y constituye una pieza *sine qua non* en la biblioteca de un arquitecto culto. Hay que confiar que se traduzca al castellano.

La monografía más ambiciosa que se haya publicado en España, se debe a Margaret Lyttelton, con el sugestivo título *La arquitectura barroca en la antigüedad clásica* (Akal, Madrid 1988, ISBN 84-7600-9) La autora expone el nacimiento del impulso barroco en Grecia, su desarrollo en la desaparecida Alejandría y otros centros, y su presencia, sea ornamental, arquitectónica o urbanística, en los principales restos de la época. Hay que felicitar a la editorial por intentar cubrir una laguna con esta obra breve y bien documentada. Concebida como tesis doctoral, y publicada originalmente en 1974, se pretende captar la esencia —evanescente y discutible— de un barroco atemporal, y demostrar su origen alejandrino, rastreando penosamente innumerables molduras. Satisfacen los capítulos dedicados a la pintura ilusionística pompeyana, y la parca noticia de los grandes conjuntos; acompaña una acertada selección de ilustraciones —medianamente reproducidas— y bonitos dibujos. La traducción —insufrible— pondrá a prueba la paciencia del lector.

Aquí debería figurar el libro de Fyfe. Y figura en una reedición, ejemplo de la bibliofilia inglesa, que testimonia el valor actual de esta obra (Ares Publishers, Chicago 1975, ISBN 0-89005-026-0).

Mucho se ha excavado y reconstruido desde entonces, pero el lector español no encontrará sino obras generales. Excelente, sin duda, el volumen *Grecia helenística*, y en él, las 90 escasas páginas que, con la maestría que acostumbra, dedica Roland Martin a este tema. Pertenece a la colección inconclusa —tal vez la mejor del mercado español— *El Universo de las formas*. (Aguilar, Madrid

1971, ISBN n/f), con hermosas ilustraciones y una edición digna.

De todos modos, el aficionado cuenta hoy con una obra verdaderamente atractiva: J. J. Pollit, *El arte helenístico* (Nerea, Madrid 1989, ISBN 84-86763-15-0). Un manual, con más de 500 páginas, bien ilustrado. Pollit, autor conocido por sus libros sobre el mundo clásico, relaciona siempre su objeto con las corrientes culturales del momento, componiendo una narración inteligible. Sus interpretaciones se sugieren, pero no se imponen; y el conjunto resulta brillante y grato. La parte dedicada a la arquitectura es muy corta —30 páginas—; pero el lector aprenderá mucho sobre el trasfondo: los intelectuales, el papel de Roma y las corrientes neoplatónicas.

John Onians publicó un volumen, *Art and Thought in the Hellenistic Age* (Thames and Hudson, Londres 1979, ISBN 0-500-27264-6), donde se analizan con más profundidad los contextos culturales; dedica interesantes páginas al empleo de órdenes y al origen del corintio, y adelanta hipótesis sobre su sentido. La cultura literaria del autor se manifiesta como una valiosa ayuda en la interpretación; aunque se aprecia a veces el riesgo del exceso.

El urbanismo helenístico está mejor representado en la bibliografía. Son recomendables, desde cualquier punto de vista, los dos volúmenes de *Le età ellenistiche*, de la *Storia dell'Urbanistica* de M. Coppa (Officina, Roma 1981, ISBN n/f), con abundante ilustración y referencias bibliográficas. Pero resultan particularmente atractivas las obras que incluyen de lleno el urbanismo romano en Grecia, que supone en muchos aspectos una prolongación de sus líneas maestras. Excelente es *The Architecture of the Roman Empire II: An Urban Appraisal*, de William L. MacDonald (Yale University Press, Londres y New Haven 1986, ISBN 0-300-03470-9). Varios autores discuten la influencia romana en *Roman Architecture in the Greek World* (compiladores: Macready, S. y Thompson, F.H., The Society of Antiquaries of London, Londres 1987, ISBN 0-500-99047-6).

Quedan todavía algunas monografías para los lugares más exóticos, casi todos ellos reformados en época romana. Ian Browning ha publicado algunos buenos resúmenes con fotografías y restauraciones gráficas: en *Jerash and The Decapolis* (Chatto and Windus, Londres 1982, ISBN 0-7011-2591-8) trata de las deslumbrantes ciudades de Palestina; *Petra*, (Chatto and Windus, Londres 1990, ISBN 0-934666-23-7) y *Palmyra* (Noyes Press, Park Ridge N. J., 1980), del mismo autor son dos hitos misteriosos y atractivos; el magnífico conjunto de Júpiter Heliopolitano se describe en Friedrich Raguet, *Baalbek* (Noyer Press, Park Ridge N. J. 1980, ISBN 0-8155-5059-6); y para terminar, otro lugar de moda —han sido 200.000 los visitantes del último año—: *Aphrodisias: City of Venus Aphrodite* (Facts on File, Nueva York y Oxford 1986, ISBN 0-584-11106-1),

por su excavador Kenan T. Erim.

Finalmente, me gustaría añadir un libro singular: una guía de Grecia, escrita en el siglo II de nuestra era: la *Descripción de Grecia* de Pausanias (3 vols., Ediciones Orbis, Barcelona 1986, ISBN 84-7634-484-8). Se trata de una guía en sentido propio; Pausanias recorre Grecia continental, y describe su itinerario, aportando noticias históricas y anécdotas varias. Su narración es amena, con frecuencia superficial y, a veces, se limita a un rimerero de nombres de cosas y autores, pero es exacta. Los mapas y notas de la edición ayudan al lector a

orientarse. Y poco a poco, de mano de este erudito, surge ante nosotros la imagen del mundo antiguo; los monumentos y sus protagonistas: los artistas, sus quisquillosos mecenas, aficionados entusiastas, ávidos coleccionistas y, en fin, marchantes sin escrúpulos. Una imagen que decía antes fantasmal, y ahora llamaré fantástica. La imagen del helenismo que deberíamos hacer nuestra; pues —son las palabras finales de Fyfe— “a pesar de que su impulso originó varias corrientes, no desapareció nunca. Cuanto puede llamarse *clásico* en arquitectura, es hoy, lo que fue en tiempos helenísticos”.

Joaquín Lorda Iñarra.